

ESPEJISMOS

1^a Pta

Marion Davies
William Haines

EDICIONES
BISTAGNE



ESPEJISMOS

REVISADO POR LA CENSURA
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18861 - BARCELONA

ESPEJISMOS

Delicioso asunto de Hollywood, lleno de amabilidad e interés

Dirigido por
KING VIDOR

Producción **NON PLUS ULTRA**
Metro - Goldwyn - Mayer

Distribuida por
METRO - GOLDWYN - MAYER - IBÉRICA, S. A
Mallorca, núm. 220
BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTERPRETES:

<i>Peggy Pepper</i>	MARION DAVIES
<i>Billy</i>	WILLIAM HAINES
<i>Colonel Pepper</i> . . .	DELL HENDERSON
<i>André Bergerac</i> . . .	PAUL RALLI

ETC.

ESPEJISMOS

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

El coronel Pepper vivía en Georgia con su hija Peggy.

Era ésta una muchacha alegre y enérgica, franca y decidida, y dueña de un hermoso corazón que hacía que su principal característica fuera la generosidad.

Peggy poseía un cuerpecillo fino, vívaracho, deliciosamente proporcionado y de escasa talla. Esto último, lejos de menguar la belleza de su figura, la agraciaba y realzaba sus encantos.

No podía decirse que era una de esas bellezas deslumbrantes, de impecables facciones, que asombran al mundo entero y ganan concursos de

belleza mundiales; pero a buen seguro que más de un hombre de gusto la habría preferido a esos dechados de perfección.

Sus ojos eran grandes, luminosos y vivos. Un resplandor espiritual los animaba y animaba también a todo su semblante, prestándole algo más poderoso y fascinador que la perfección de las facciones.

En los últimos tiempos había sucedido en la casa de Pepper algo trascendental que había de cambiar el rumbo de ambas vidas.

Peggy, cuya sensibilidad la inclinaba a las emociones y bellezas

del arte, había tomado parte en una representación teatral a beneficio de una institución benéfica y había obtenido un gran éxito.

Esto fué suficiente para que Peggy se dijera que aquel era su camino, y para que desde entonces sólo soñara con escalar las cimas del arte. En vez de decidirse por el teatro se inclinó por el cinematógrafo. El cinematógrafo ofrece cumbres mucho más brillantes que la escena. Una artista cinematográfica es una artista mundial, en tanto una artista de teatro tiene limitada por las fronteras de su país la expansión de su fama.

Siempre le había gustado el cine, pero desde entonces le gustó mucho más y devoraba las revistas cinematográficas y soñaba con John Gilbert y con Greta Garbo y se aprendió de memoria los nombres de todos los cineastas.

El coronel Pepper, el cual gozaba de la paz del retiro y permanecía al margen de las cuestiones cinematográficas, se conmovió visiblemente cuando Peggy le leía en las revistas cinematográficas que Gloria Swanson cobraba más de mil dólares diarios y que ella estaba segura de llegar a ganar lo mismo

si se dedicaba al arte de la pantalla.

Un día acordaron padre e hija trasladarse a Hollywood para realizar el intento y, viajeros en un decrepito Ford, que hacía más ruido que una grúa, llegaron a la ciudad dorada de los sueños y de los mil dólares diarios.

¡Hollywood! ¡Hollywood!... El soñado nombre se ofrecía por doquier a los ojos de Peggy desde los rótulos de los comercios.

Con su estruendo de hoja de lata, el automóvil recorrió toda la ciudad y Peggy experimentó hondísima emoción al ver sobre un inmenso edificio el nombre de la "Paramount". Inmediatamente, el rótulo de la "Fox" le sugirió el encanto virginal de Janet Gaynor y, por fin, sus ojos tropezaron con el poderoso león de la "Metro Goldwyn Mayer".

Hizo que su padre detuviera el auto para contemplar, siquiera por fuera, los estudios que cobijaban a tanto artista ilustre y, de súbito, vió que ante la gran verja de entrada se detenía un auto soberbio y que de él descendía un joven gentilísimo, de simpática elegancia y ojos expresivos.

—¿Es John Gilbert! — exclamó con emoción.

En efecto, era John Gilbert.

El uniformado portero abrió la puerta y el genial artista entró en los estudios.

—¡Corre, papá! Alcánzale y le hablaremos.

El Ford comenzó nuevamente a resollar, pero antes de que pudiera entrar por la gran verja, el portero la cerró.

—No cierre usted. ¿No ve que vamos a entrar?

—Aquí no pueden entrar más que los empleados de la casa y los artistas.

—Deseo hablar con el director de la casa. Soy el general Pepper.

El ascenso que tan espontáneamente se concedió a sí mismo no le valió para nada.

El portero se le quedó mirando con cierta extrañeza.

—¿Qué culpa tengo yo de que sea usted general?

—Deseo hablar con el director para un asunto que le interesa extraordinariamente.

—¿Qué asunto es ése?—dijo el portero, al cual, por lo visto, nada lograba conmover.

—Quiero decirle que, por fin, me decido a que mi hija trabaje en sus estudios.

—Para eso vayan a las oficinas de contratación. La tercera puerta, sin contar ésta.

Se dirigieron a la oficina de contratación. Cuando padre e hija traspusieron los umbrales se encontraron en una sala a cuyo alrededor corría un banco totalmente ocupado por aspirantes a estrellas y astros. Había allí todo un universo —lo menos trescientos genios anónimos—, pero ello no impidió a los recién llegados dirigirse a una ancha ventanilla, desde donde el coronel saludó al jefe de la sección, el cual se disponía en aquel momento a ordenar ciertos papeles.

—Buenos días, señor. Le presento a mi hija Peggy y le anuncio que estoy dispuesto a admitir ofertas para contratarla.

El jefe levantó la cabeza y la volvió a agachar en seguida al ver los pintorescos bigotes del coronel y el sombrerito de Peggy, el cual había sido adquirido por un dólar en un establecimiento de Georgia.

Estaba acostumbrado a recibir tipos raros, pero aquéllos batían el

record del provincianismo y de la ingenuidad.

Cuando estuvo seguro de poder contener la risa, volvió a levantar la cabeza y, sin dejar de arreglar sus papeles, contestó:

—Precisamente estos días necesitamos una compañera para Norma Shearer. ¿Es fotogénica la muchacha?

—No, señor; está más sana que una lechuga.

Peggy intervino:

—No pregunta eso, papá. Fotogénica quiere decir quedar bien en las fotografías.

Y añadió, dirigiéndose al jefe, el cual, ya ordenados los papeles, hacía anotaciones en un cuaderno:

—Juzgue usted mismo, señor. Llevo conmigo algunas fotos.

E improvisando un atril con sus manos, mostró al jefe tres fotografías de un color de caramelo turbio en las que Peggy aparecía en tres edades distintas: cuando echó el primer diente, cuando fué por primera vez al colegio y cuando sustituyó los calcetines por las medias.

El jefe se divertía de lo lindo.

—Muy bien. Una cosa así bus-

caba Ramón Navarro. Y de arte, ¿cómo anda? ¿Ha trabajado usted mucho?

—Le demostraré con hechos que sé trabajar. Primero haré un gesto de meditación.

Se tapó la cara con el pañuelo, subió el telón y apareció la cabeza de Peggy apoyada sobre el puño en un gesto que lo mismo podía ser de meditación que de éxtasis ante el escaparate de una confitería.

De nuevo cayó el telón.

—Ahora, *pasión profunda*.

Y se vió la cara de Peggy con los labios en forma de hocico de conejo.

—Se ve claramente—explicó el coronel—que pide un beso en un transporte de pasión.

—¡Ahora, *cólera*!

Y Peggy puso una cara que, si bien no daba la impresión de ira, hubiera sido de gran eficacia para asustar a los niños.

—Ahora, *dolor*.

Se puso saliva en los ojos y torció la boca con ese gesto que tanto afea a los niños cuando lloran.

—Y, finalmente, *alegría*.

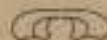
El mismo gesto que antes, sólo que sin saliva en los labios.

—¡Magnífico!—exclamó el jefe

ESPERISMIOS

descolgando el teléfono—. Llene usted esa ficha y ya la llamaremos.

Le arrojó un cartoncito y mientras Peggy lo llenaba, él comenzó a comunicar por teléfono, vuelto de espaldas a los visitantes.



II

El restaurante era sumamente democrático. No había camareros. Cada cliente se acercaba al mostrador, pedía el menú que le apetecía y podía soportar su bolaillo, se lo entregaban en una bandeja y él se lo llevaba a cualquier mesa vacía.

Así lo hicieron Peggy y su padre y se comprenderá que fueron a un restaurante de aquella categoría porque el sueldo de coronel retirado no permite grandes dispendios.

Se veía actores cinematográficos en abundancia. Algunos no tenían tiempo de quitarse el traje de escena para volvérselo a poner e iban vestidos de aviadores o de porteros, de guardias o de apaches, de demonios o de apóstoles.

Uno de estos apóstoles se arremangó y estuvo a punto de dejar al coronel k. o. porque le dió con el codo a la bandeja en que llevaba un plato de macarrones y dos rebanadas de pan.

—¡Si me llega a tirar usted el pienso lo pulverizo, so chalaó!

El coronel quedó estupefacto.

—¿Has visto qué apóstol, Peggy? Yo creo que si le hubieran dado el papel de caballo de Melchor hubiera estado más acertado.

Se sentaron en la única mesa que había vacía y cuando, con toda delicadeza, comenzaron a comer, un nuevo comensal la ocupó.

Era un joven de simpático y ale-

gre aspecto, alto y fuerte. Llevaba pantalones de golf y un jersey que hacía resaltar el perímetro de su pecho y la dureza y armonía de sus músculos. Su perpetua risa mostraba la blancura brillante de sus dientes.

A pesar de todas estas cualidades, Peggy, al primer pronto, no sintió hacia el joven simpatía ninguna, pues su comportamiento se lo impidió.

Comenzó por sentarse a la mesa sin pedirles permiso y en seguida les dirigió la palabra del modo más incorrecto.

—Apostaría cualquier cosa a que está usted caracterizado para representar un papel de coronel del Sur.

—Mi padre no está disfrazado —repuso Peggy severamente—. Si tiene aspecto de coronel es porque lo es.

—Tanto gusto, mi coronel—dijo el joven—. Yo soy Billy, primer ganso de una compañía de gansos. Todavía no cobro más que veinte dólares semanales, pero estoy seguro de que haré retirar a Buster Keaton muy pronto. Por algo se empieza. Usted, señorita, también tiene cara de hacer reír a la gente.

Peggy le dirigió una mirada feroz.

—Lamento mucho haberme encontrado con un hombre tan estúpido y tan grosero como usted. Si usted es un mono grotesco yo soy una persona seria y no consiento que nadie se ría de mí.

Y con cierta furia, pero con la misma delicadeza que si se hallara en el comedor de mister Goldwyn, continuó comiendo.

Por toda respuesta, Billy realizó varios experimentos malabaristas con el tenedor y el cuchillo. Después exclamó, con alegre cordialidad:

—Apostaría veinte contra uno a que su hija, señor coronel, es una excelente actriz dramática y quiere trasladar a la pantalla sus éxitos teatrales.

Instantáneamente cambió el rostro de Peggy de expresión y su concepto sobre Billy mejoró considerablemente.

Al padre le había sucedido otro tanto.

—Ahora sí que ha acertado usted—dijo Peggy—. En efecto, soy la mejor actriz amateur de Georgia.

—Ha tenido grandes éxitos—reforzó el coronel.

—Pues en el cine los tendrá también—aseguró Billy—. Es muy fotogénica.

La profecía acabó de conquistar a Peggy.

—¿Usted cree?—preguntó, dejando de comer y mirando a Billy con resplandeciente simpatía.

—Mire usted si creo, que mañana la recomendaré a los estudios en que trabajo.

—¡Oh! Es usted muy amable. Perdóneme si antes le ofendí. Estoy

segura de que es usted tan genial como Chaplin.

—¡Ya lo creo!—exclamó Billy con plena convicción—. Y mire usted si estaré seguro, que los voy a invitar a un postre especial que fabrica esta casa, y que es como para chuparse los dedos.

El final de la comida fué verdaderamente feliz.

¿Será preciso declarar que Billy hizo todo aquello atraído por los encantos de la deliciosa Peggy?



III

En los "Estudios Cometa" se caracterizaba Billy para desempeñar uno de sus grotescos papeles.

El hecho de que Billy, siendo la primera figura de la casa, cobrara veinte dólares semanales, es más que suficiente para dar una idea de la importancia de aquellos estudios.

Poscían diez y ocho decoraciones, adquiridas en un teatro de pueblo, una cámara de segunda mano y un reflector de automóvil para iluminar la escena.

La orquesta para poner en situación a los actores mientras trabajaban consistía en un acordeón que tocaba el hijo menor del cameraman, el cual era hermano del director y tío del que echaba el foco.

El cuarto de Billy no era tal cuarto, sino una silla, un espejo y una caja llena de barbas, bigotes y pelucas.

El director tenía, como todos los genios, sus rarezas y sus supersticiones y llevaba siempre su mascota encima, la cual consistía en un hermoso siete en el camal izquierdo del pantalón.

Preguntó a Billy:

—¿Está usted seguro de que vendrá su recomendada?

—Completamente seguro. He hablado con ella por teléfono hace una hora.

En efecto, Peggy se dirigía en su Ford a los Estudios Cometa.

Se había puesto su mejor traje, un vestido estilo Georgia con más volantes que una fábrica de autos y con más almidón que una confitería, y se había pintado las mejillas y los ojos con una cantidad de pintura semejante a la que se necesitaba para embadurnar un bergamotín.

Por el camino iba diciéndose: "¡Cómo van a rabiarse las niñas cursis de Georgia cuando me vean en la pantalla!"

Cuando penetró en los Estudios y Billy le echó la vista encima, lo primero que hizo fué llevársela fuera del escenario y rectificar el maquillaje, que la convertía en una pepona de cincuenta centavos.

La maquilló Billy a su modo y Peggy quedó encantada al verse en el espejo.

—¡Oh, Billy! ¡Me parece que voy a tener un gran éxito! ¿Es de amor la película que vamos a hacer?

—Sí, naturalmente. El amor no falta en ninguna parte.

—¿Es al estilo "Ben-Hur"?

Billy comprendió que contestar francamente sería desilusionarla. Peggy ya se veía haciendo grandezas con John Gilbert.

—¡Me fascinan los papeles de mujer fatal!

—Fatalidad no creo que falte en tu papel, Peggy. Pero me parece que tus sueños te llevan demasiado lejos. Los principios son siempre un poco difíciles. Si crees que esta casa es la Metro sufrirás un desgano.

—Comprendo, Billy. De esta casa a la Metro hay algunos metros.

—O kilómetros... Pero no pensemos en eso ahora. ¿Qué significan los kilómetros en el siglo de la aviación?... Vamos a saludar al director.

Este quedó muy satisfecho al comprobar, a simple vista, las condiciones fotogénicas de Peggy y sus muchos atractivos.

—¿Sabe trabajar?—le preguntó.

—Juzgue usted mismo, señor Cometa—repuso Peggy, segura de sus cualidades.

Y procedió a recitarles un monólogo que en Georgia había levantado a los viejos del asilo de sus asientos.

"¡Todo te lo llevaste, hombre cruel, y ahora, cuando me ves caída, me desprecias! Pero, ¡ah!, teme las iras del vencido, huye de la desesperación del ultrajado..."

El señor Cometa la interrumpió:
—¡Gracioso! ¡La gente se va a liquidar de risa!

Inmediatamente procedió a explicarle lo que tenía que hacer en la primera escena.

—Billy y el cocinero estarán riñendo en el comedor. Usted abre la puerta y hace un gesto de asombro. Lo demás lo dejo a su discreción. Se trata de una lucha. Deje que sus impulsos obren libremente. Cuando yo toque el pito abra usted la puerta y aparezca.

No le dió tiempo a replicar. Todo estaba preparado y el señor Cometa tenía prisa. Se enfocó el reflector de automóvil, se preparó el cameraman y el director se metió un dedo por la mascota.

La escena figuraba un comedor de casa rica, pero era una casa rica que dejaba lugar a discusiones, porque la mayoría de los platos eran de porcelana de hierro, como los que les ponen a los niños para que no los rompan. Las botellas eran de cartón y los manjares de madera. Únicamente lo que se tenía que romper o arrojar contra la cabeza de alguien era de verdad, como, por ejemplo, un pastel de merengue, que era la base de la escena, y un

sifón, que también tenía que hacer de las suyas.

—¿Vamos?

El cameraman comenzó a rodar la manivela, el niño del acordeón empezó a tocar y apareció en escena Billy, vestido de camarero.

Llevaba en el bolsillo los cubiertos y las servilletas y sobre el labio superior un enorme bigote de color de regaliz. Se dió un tirón del bigote, sacó los cubiertos y las servilletas y los depositó sobre la mesa, después de hacer algunos juegos malabares con los cuchillos y de utilizar una servilleta como paño de los zapatos.

En seguida entró un voluminoso cocinero para esparcir por la mesa algunos platillos con entremeses y depositar sobre el bufet un pastel de merengue, el pastel que había de ser la clave de todo, en compañía del sifón.

Pero el cocinero, al mismo tiempo que dejaba los platillos en la mesa, tomaba de uno una rajita de salchichón, de otro un trocito de pastel de fuagrás, de aquí un par de accitunas e iba picando y picando así como liban las mariposas en sus vuelos de flor en flor.

Levantó la cabeza y, aunque él se

estaba limpiando los zapatos con la servilleta, consideró inconveniente el proceder del cocinero y le afeó su conducta al mismo tiempo que le daba en los nudillos con una cuchara.

El cocinero, cuyas pulgas no eran muy buenas, le replicó, arrojándole una socituna y comenzó la lucha, que era el nodo de la escena.

Entonces fué cuando el director hizo sonar el pito que marcaba la salida a escena de Peggy.

Salió la joven e hizo el gesto de asombro que se le había pedido, pero su asombro fué verdadero cuando el cocinero empuñó el sifón y envió el chorro contra Billy, el cual se apartó, dando lugar a que el hermoso y susurrante surtidor se proyectara contra su rostro, echándole a perder el tocado, el maquillaje y el vestido.

La indignación de Peggy fué tal, que, después de dirigir al cocinero violentos insultos y de emprenderla a puntapiés con los muebles, cogió lo primero que encontró a mano, el pastel, que tenía que arrojar Billy, y lo lanzó contra su amigo, el cual se reía a mandíbula batiente.

Billy, que era ágil como una ar-

dilla, se apartó y el pastel fué a estrellarse contra la cabeza del cocinero, cuyo rostro desapareció debajo de la mascarilla de merengue.

Era el truco cien veces repetido, era lo de todas las malas películas cómicas; pero esta vez se había producido con tanta naturalidad, con tanto verismo, pues Peggy había obrado por impulso propio y sin tener en cuenta su papel, que director, cameraman, músico y todos los presentes prorrumpieron en estruendosas carcajadas.

—¡Estupendo! ¡Estupendo!—repetía el señor Cometa, retorciéndose de risa.

—¡Pisionudo! — vociferaba el cameraman.

Y el muchacho del acordeón ondulaba a causa de la risa más que el mismo instrumento.

Al ver aquel espectáculo de hilaridad, Peggy lo comprendió todo y se echó a llorar con profundísima pena. Querían utilizarla como hazmereír de la gente, querían que hiciera el ridículo ante Georgia y ante el mundo entero...

Quiso protestar, pero la pena le anudó la garganta y todo lo que pudo hacer fué salir del comedor, me-

por dicho: del escenario, y sentarse en un banco que allí había. Después se dejó caer de bruces en él y continuó llorando, llorando...

—Es preciso hacer un primer término de esta escena—dijo el director.

Y en tanto se preparaban las cosas para el primer término, Billy se fué en busca de Peggy, cuyo llanto le había sorprendido hasta el punto de que no sabía qué hacer ni qué decirle.

—Pero, Peggy, ¿por qué lloras? Has tenido un éxito. Te has asegurado un contrato para varios meses.

—Déjame, déjame... Me has engañado... Me has dicho que iba a trabajar de estrella y sólo he venido a ser blanco de las burlas de todos.

—¿Pero no comprendes que has tenido un gran éxito? ¿No comprendes que acabas de asegurar tu porvenir?

—¡Vete, vete! Tú también te has reído.

—¡Claro que me he reído! Porque tu éxito me ha hecho feliz... porque soy tu mejor amigo... ¿Aca-

so lo dudas, Peggy? ¿Acaso dudas de mi afecto y de mi amistad?

Era dulce el tono de su voz y, al mismo tiempo, le había obligado suavemente a levantar la cabeza y con gesto fraternal le enjugaba las lágrimas.

Comprendía su desilusión. Ella venía de Georgia deslumbrada por las maravillas emocionales de Greta Garbo o de Gloria Swanson o de Crawford... Ella venía con la cabeza cargada de sentimentalismos y de quimeras.

—Ya llegarás a eso—le dijo para consolarla y mientras le arreglaba el maquillaje—. Pero antes has de pasar por donde todas han pasado. Piensa que Bebé Daniels empezó haciendo reír.

Más por complacer a Billy que por otra cosa, aparentó resignarse, y cuando el director la llamó para repetir la escena en "primer término", entró en el escenario heroicamente.

Y así se dehojaron sus primeras ilusiones. Y así comenzó la carrera de Peggy como estrella de la pantalla.



IV

El día del estreno de la película todos los interesados acudieron al cine donde la representaban.

Allí estaba el señor Cometa y allí estaba el cameraman y allí estaba el muchacho del acordeón. Pero no estaban todos juntos, sino que se habían dispersado por la sala para recoger mejor las impresiones del público.

También estaban, en primera fila, Billy y Peggy.

Era la primera película del programa, pero quiso la casualidad, o la fortuna, que el cinematógrafo estuviera lleno desde primera hora y que la película fuera proyectada ante numeroso público.

El argumento no se reducía, ni

mucho menos, a la escena del comedor, sino que se complicaba como podrá verse.

Peggy, a causa de una confusión, era perseguida por los gendarmes, los cuales le disparaban desde un automóvil que no había aprendido todavía a andar y lo hacía dando saltos. Todos los policías tenían unos bigotazos buenos para llenar una almohada y demostraban ser excelentes tiradores, pues todos los disparos iban a parar indefectiblemente a cierto punto de la fachada posterior de Peggy, la cual, ¡oh, maravilla!, soportaba muy bien los balazos con sólo dar un salto de rana, en cada uno de los cuales la falda se le subía a la cabeza.

Cada salto era una carcajada unánime. Peggy estaba realmente graciosa en aquellas convulsiones de renacuajo. A ellas acompañaba una serie de visajes tan originales y cómicos, que si no se reían las butacas era porque los fabricantes no las habían dotado de órganos a propósito.

En su huida, Peggy se encontraba con Billy, el cual seguía su misma dirección en bicicleta, vestido de "facha", y, sin pensarlo más, saltaba a sus hombros, a los que se agarraba como una sanguijuela. De pronto, dando un imperfecto salto mortal, venía a caer a lomos de un cerdo, el cual salía de estampía. Ya iban los policías a alcanzarla, pues un cerdo nos es un ligero corcel, cuando el auto daba un salto de langosta y todos los gendarmes emprendían un corto vuelo de planeamiento, aterrizando con la cabeza.

Peggy, salvada, se volvía a encontrar con Billy y sobrevenia un idilio que terminaba en un beso más largo que una tubería.

El público no había cesado de reír durante toda la proyección y algunos incluso daban patadas a los espectadores de delante. Pero esto no era nada comparado con lo que

había hecho el señor Cometa. Daba a los artistas instrucciones como si en vez de estar pasando la película la estuvieran rodando en el estudio, y sufría lo mismo que había sufrido al rodarla por temor a gastar inútilmente metros de cinta. Cada salto de Peggy era repetido por él en el asiento y cada convulsión de la joven significaba un codazo del director para su vecino.

—Ahora, un salto... Ahora, disparen... Gesto de horror... Duro, más aprisa... ¡Chis, chas; chis, chas! ¡Cataplum! Bien. A otra cosa...

Así vociferaba el señor Cometa durante la proyección de la película, al mismo tiempo que magullaba a su vecino con codazos, puñetazos y pisotones.

En cuanto a Peggy, su actitud era muy distinta. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de Billy y lloraba silenciosamente, con hondo pesar.

Era inútil que Billy tratara de consolarla, recordándole los principios de Gloria Swanson y de Bebé Daniels.

—Yo no quiero hacer reír, Billy. Yo no quiero hacer reír.

Y sus palabras eran interrumpidas por hipos angustiosos.

Su corazón soñador se rebelaba contra aquello. Ella soñaba con lucir hermosos vestidos y representar aquellos papeles de dama de sociedad, de duquesa o de princesa con que Greta Garbo la había fascinado tantas veces. Ella quería ser admirada y venerada en vez de servir de clownesa.

Billy estaba también apenado de verla sufrir y le acariciaba las manos con afecto fraternal.

De pronto terminó la película y estalló en la sala una ovación, evidentemente dedicada a la artista nueva. Eran los mismos aplausos que se dedicaban a las artistas dramáticas y esto consoló considerablemente a Peggy, la cual llegó a emocionarse.

—¿Lo ves, tonta, lo ves?—exclamó Billy—. Has tenido un gran éxito. Esto significa para ti el principio de una gloria segura. Pronto figurará tu nombre en todos los periódicos. Pronto tendrás un soberbio automóvil. Pronto llenará tu retrato los vestíbulos de los cines más importantes.

Estas palabras, dichas con fer-

viente sinceridad, acabaron de conmover favorablemente a Peggy.

—Gracias, Billy... ¡Qué bueno eres! Te alegras como si el triunfo fuera tuyo. Tú también serás un gran artista; tú llegarás al nivel de Chaplin...

Se habían encendido las luces.

—Vamos, Peggy, vamos a escuchar los comentarios del público.

Pero cuando ya se había levantado la nueva estrella la luz volvió a apagarse y apareció en la pantalla John Gilbert. Iba en automóvil, con una famosa artista vestida elegantísimamente, y que representaba sin duda un papel de gran duquesa.

—Quedémonos—suplicó tirando del brazo a Billy.

—¡Bah! Deja esas cursilerías... Varás qué agradable es oír cómo todo el mundo le alaba a uno.

En efecto, por allí por donde pasaban oían comentarios entusiastas para Peggy.

—¡Qué demonio de mujer!

—¡Es preciosísima!

—¡Me he reído las tripas!

No agradaron a Peggy los comentarios. Ella hubiera querido oírse llamar espléndida, magnífica, elegante, fascinadora...

Se detuvieron en el vestíbulo pa-

ra decidir el rumbo que tomarían cuando un caballero se acercó a ellos, causando a Billy gran impresión.

Con natural cortesía, saludó a Peggy y le rogó firmara en su cuaderno, cuaderno que le ofreció en compañía de una estilográfica de oro.

—Me gusta conservar las firmas de todas las artistas nuevas... Si usted tuviera la bondad...

Peggy le apartó con un gesto de fastidio y de indiferencia, lo cual aterró a Billy, que se apresuró a tomar de manos del caballero el cuaderno y la pluma y a entregárselo a Peggy, al mismo tiempo que le hacía signos de inteligencia para que firmara.

Lo hizo Peggy, muy sorprendida de la extraña actitud de Billy, y éste devolvió al desconocido el cuaderno y la pluma, al mismo tiempo que hacía reverencias y formulaba

con voz trémula las siguientes palabras:

—Muy honrados... Es usted muy amable... Estamos a sus órdenes.

El caballero correspondió a las gentilezas, felicitó a Peggy, subió a un auto que le esperaba, desde donde repitió los saludos.

El automóvil se fué y entonces preguntó Peggy:

—¿Pero quién es ese tío pelma?

—Pues ese tío pelma es nada más que Charlie Chaplin.

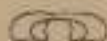
Peggy cayó en brazos de Billy, tal fué su emoción.

Después, al salir, otro caballero les saludó muy expresivamente.

—¿Es acaso Douglas?—preguntó Peggy, escamada.

—No es Douglas, pero sí una personalidad de los "Arts Estudios": el que se cuida de contratar a los artistas.

Y se fueron a un restaurante a celebrar el éxito.



V

En la sala de espera de los "Arts Estudios" estaban sentados Peggy y Billy. Habían recibido una llamada del caballero que les saludara a la puerta del cine, es decir, del encargado de contratar al personal.

La carta iba dirigida a Billy, pues a él era al que conocía el distinguido cineísta, y esto fué motivo para que Peggy hiciera la siguiente deducción mientras esperaban en el vestíbulo de los "Arts Estudios":

—Seguramente sólo te querrán contratar a ti.

—Pues no aceptaré, Peggy—replicó Billy—. O los dos o ninguno.

De pronto, dos personas entraron en el vestíbulo, una por cada lado,

y se detuvieron delante de la emocionada pareja para saludarse.

—Mira, Peggy, mira... Son Lew Cody y Elynor Glyn. Ella es una de las mejores argumentistas de Norteamérica.

Pero Peggy sólo tuvo ojos para Lew Cody.

—¡El es un artista de comedias exquisito!—exclamó.

Y cuando se fueron cada uno por su lado, Billy siguió con la mirada a Elynor Glyn y Peggy acompañó con los ojos y con el alma a Lew Cody.

Conforme transcurrían los minutos iban sintiéndose más emocionados. Una llamada de los "Arts Es-

tudios" era un verdadero acontecimiento, de que muy pocos artistas podían vanagloriarse.

De súbito oyeron una llamada desde una ventanilla y vieron que una muchacha les decía por señas que se acercasen.

El corazón les dio un vuelco y se dirigieron hacia la muchacha, cogidos del brazo y muy apretados el uno contra el otro.

—¿Verdad — preguntó Billy — que el señor Morton desea hablar también con la señorita Peggy?

—Es sólo con la señorita Peggy con la que desea hablar.

No pudo evitar Billy que un frío angustioso se expandiera por todo su cuerpo. En cuanto a Peggy, le había sucedido algo semejante y estrechaba fuertemente, protectoramente, el brazo de su amigo.

—Si no te contrata a ti también no firmaré—dijo con enérgica resolución—. O los dos o ninguno.

Pero, por lo visto, Billy había cambiado de modo de pensar y encontró descabellado el propósito de Peggy.

—No te preocupes de mí, Peggy. Debes firmar en las condiciones que te propongan, sean cuales fueren... Yo tengo el trabajo asegurado en los "Estudios Cometa". Lo único que importa ahora eres tú.

Logró simular una sonrisa animosa al pronunciar estas palabras y Peggy, por obedecerle más que por otra cosa, entró en el despacho donde el señor Morton la presentó al gerente de la Compañía.

Efectivamente, era a ella sola a la que querían contratar. Peggy vaciló un momento, pero pensando que el propio Billy le reprocharía el no haber aceptado un contrato como el que le ofrecían, el cual le aseguraba, además de un magnífico sueldo, un puesto de estrella en una de las mejores Compañías de los "Arts Estudios", aceptó.

* * *

El día de la despedida fué para Peggy extraordinariamente angustioso. No sabía qué era más fuerte en ella: si la alegría de reunirse con los artistas más famosos o el dolor de tener que dejar a aquellas otras con los que había compartido las primeras luchas.

Dejó a Billy para lo último, porque le faltaba el valor para dirigirle aquella amarga palabra que hablaba de ausencia y separación, aquella palabra que abría un paréntesis en su presente felicidad: "Adiós".

Pero no tuvo, al fin, más remedio que decirselo porque ya se había despedido de todos.

Se acercó a él. Estaba comunicando por teléfono y se había vuelto de espaldas al advertir que Peggy comenzaba a despedirse.

—Billy...—susurró—. No sé cómo voy a poder trabajar sin ti.

Billy se mordió los labios y se

volvió después de hacer un gran esfuerzo para sonreír.

—Debemos alegrarnos, Peggy. Puede decirse que ahora comienza tu gloriosa carrera. Serás célebre y yo me sentiré orgulloso de ser amigo tuyo...

De pronto vió Peggy que a través de aquella sonrisa casi infantil de tan gozosa, aparecía el centelleo de dos lágrimas rebeldes y, con el corazón despedazado por la angustia, se echó en brazos de su Billy querido.

—No me iré, Billy, no me iré... Prefiero hacer reír a tu lado que brillar lejos de ti.

Pero Billy la condujo hasta la puerta y la convenció de que debía marcharse. Fué una despedida inolvidable por lo dolorosa. Le pareció a Billy que lo que llevó hasta la puerta fué su corazón y que lo arrojó al arroyo para no volverlo a recuperar.

Lo primero que hizo el director fué presentar a Peggy a su nuevo compañero de trabajo, a su pareja artística, por decirlo así, el cual era un joven de perfil griego, patillas hasta media cara, cabellos rizados y retorcido bigotillo.

En aquel momento charlaba con una compañera mientras se peinaba el bigote, mirándose en el espejo que siempre llevaba consigo.

Se llamaba Bergerac, pomposo apellido que venía que ni pintado a su gallardía y a su evidente narcisismo.

Tendió la mano a Peggy, mientras la miraba con una fascinadora fijeza que la asustó, y murmuró unas cuantas exquisiteces en las que se mezclaba la jactancia en la misma proporción que la harina en el pan.

—La felicito, señorita, por haber venido a engrosar nuestras filas, donde sólo lo selecto del arte tiene entrada. Estoy seguro de que usted es admirada por todos, como yo.

Al mismo tiempo se frotaba las uñas de la mano derecha contra la palma de la izquierda y Peggy comprobó que estaba más perfumado que ella misma, que, por cierto, tenía gran afición a los perfumes. Esto, dicho sea en honor a la verdad, no le desagradó del todo. Su alma ingenua era propensa a dejarse dominar por todo lo que en Georgia se hubiera considerado un detalle de distinción.

—Tendré mucho gusto en servir-la cuando me necesite—añadió el Apolo cinematográfico, tirándose con una mano de una guía del pequeño bigote y atrayendo con la otra la de Peggy hacia su pecho.

Peggy balbució su gratitud y se alejó con el director, seguida, mejor dicho, perforada por la mirada penetrante de Bergerac.

Inmediatamente procedieron a rodar una escena y Peggy se vió en una amplísima sala llena de aparatos y montada con arreglo a todos los adelantos modernos. ¡Qué

distinto aquel estudio de los del señor Cometa!

El director iba elegantemente vestido, los reflectores surgían de todas partes, un sexteto hacía música y dos cameramen a un mismo tiempo se disponían a rodar la escena.

—Es usted la condesa de Frana —le dijo el director—y estando sentada en su trono recibe una carta notificándole la muerte de su prometido, a quien usted ama con locura. ¿Estamos? La cosa no puede ser más sencilla... A ver qué tal se desenvuelve usted como condesa... Nada de prisas... Usted no haga las cosas hasta que no se lo anuncie mi altavoz... ¿Estamos?

—¿Dónde?

—¿Cómo que dónde?

—Usted lo sabrá. ¿No ha dicho usted que sí estamos?

—Que si comprende usted—exclamó el director, comenzando a ponerse nervioso.

—Sí, señor, sí. Yo soy la condesa. Llega una carta y ¡zás!, la hecatombe. Me hecho a llorar como una Magdalena.

—Usted no hará tal cosa.

—¡Ah! ¿No?

—Usted no llorará hasta que yo se lo avise.

—¡Naturalmente! ¿A santo de qué?

Peggy fué conducida a un soberbio trono y sentada en él.

Cinco focos se dirigieron al mismo tiempo contra el rostro de Peggy, la cual, sobresaltada, salió de la plataforma de un salto.

—¡Quieta!—le gritó el director con la bocina.

Peggy volvió a asustarse y dió un segundo salto, del que volvió a quedar sentada en el trono.

—No hace falta tanta luz. Con un solo foco podré leer bien la carta.

—Si a usted no le hace falta la luz—replicó el director, cada vez más nervioso—, nosotros la necesitamos.

Y añadió con la bocinilla:

—¡Atención!

Y dijo en seguida:

—¡Gesto de condesa!

Peggy hizo todo lo que pudo por parecer una condesa.

De pronto sonó un pito y apareció un criado con la carta. Peggy la tomó de la plateada bandeja.

—Su prometido acaba de morir. Recuérdelo—gritó el director—.

¡Vamos! ¡Lea usted la carta!

Peggy comenzó a dar vueltas al papel en sus manos.

—¡Vamos! ¡Lea usted la carta!

—Está en blanco por los cuatro lados—repuso Peggy.

El director tuvo un gesto de desesperación y golpeó con la bocina a uno de los cameramen, lo cual quería decir que la escena no servía.

—Naturalmente que está en blanco. Pero usted ha de hacer lo mismo que si estuviera escrita. ¿No sabe usted ya que le notifican en ella que su prometido ha muerto? ¿Para qué quiere usted más?

Peggy demostró con sus gestos que comprendía y que estaba muy asustada.

—¡Otra vez al principio!—ordenó el director en el mismo tono en que habría hablado al cobrador de contribuciones.

Esta vez, Peggy hizo como si leyera la carta, moviendo exageradamente la cabeza de un lado a otro.

Pasó una carilla y la segunda y la tercera.

El director se vió precisado a coger mano de la bocina.

—Pero, ¿qué espera usted? Demuestre su pena.

Entonces Peggy puso el codo sobre el brazo del sillón y apoyó la barbilla en el puño.

—Eso no basta—dijo el director—. Hay que llorar.

Inmediatamente se dispuso Peggy a cumplir con su deber, pero se convenció de que aquello era más difícil de lo que parecía a primera vista.

En vano se esforzó en que las lágrimas brotaran a sus ojos. Se puso tan colorada como si fuera a reventar, pero sus ojos continuaban tan secos como un arenque.

—¡No, no y no!—exclamó el directo dando el bocinazo de inteligencia al cameraman—. Para llorar no hace falta hacer tanta fuerza. Cualquiera diría que está usted cargando sacos. Hay que ponerse en situación. Hay que sentir.

—No crea usted que no lo siento.

—Pues no se nota.

—Le aseguro que lo siento.

—¿Pero qué es lo que siente usted?

—No poder llorar.

—Eso lo siento yo mucho más que usted. Lo que yo quiero que sienta es dolor, angustia... Imagine-se usted que es verdad que se ha muerto el marqués, su prometido.

Y volvieron al principio. Y también ahora fué inútil. Peggy no podía llorar. Su temperamento alegre se lo impedía. Además, ¿qué le importaba a ella el marqués si no lo conocía?

El director estaba desesperado.

—¡Por Dios, una lágrima, una nada más, y ya lo arreglaremos!

Los cameramen suplicaban también con la mirada. Sudaban los músicos, los cuales no habían cesado de tocar. Todos estaban pendientes de aquel llanto que no llegaba y que tanta falta hacía.

—¡Una lágrima! ¡Una lágrima! —repitió el director, cayendo de rodillas y enlazando las manos.

—¡Una lágrima! — suplicaban los de los focos.

—¡Una lágrima! — imploraban los cameramen.

Y a todo esto Peggy hacía todo cuanto se imaginaba que podría hacer brotar las lágrimas a sus ojos. Parpadeaba, contenía la respiración y realizaba los mismos esfuerzos que si el llanto le hubiera de salir del estómago.

¡Y nada! Sus ojos continuaban secos como el desierto de Sahara.

El director rompió la bocina de

un trastazo contra la cabeza del primer cameraman.

—¡Fuera!—rugió—. No nos preocupemos ahora de la escena. Ahora hay que tomar el llanto y cuando lo hayamos conseguido ajustaremos lo de los sollozos.

Se acercó a Peggy.

—¡Muy mal! ¡Pero que muy mal! ¿Le parece a usted bonito dejar morir así al marqués? Tiene usted un corazón muy duro.

—¡No, señor! — replicó Peggy—. Eso no es cierto. Tengo un corazón muy sensible. Lo que sucede es que siempre me han fastidiado los marqueses y no puedo menos de alegrarme de que se haya muerto.

—¡Todo sea por Dios! ¡Haberlo dicho antes!... Bueno, vamos a ver... Piense usted en que su padre se le muere de hambre.

Peggy soltó una carcajada que hizo retumbar el trono.

—¿Tampoco quiere usted a su padre?

—Usted no le conoce, señor director... Desde que nuestros ingresos han aumentado, él ha aumentado de peso mucho más... Lo menos diez kilos... Usted no lo ha visto comer.

—¿Y si hubieran fusilado a cuatrocientos mil chinos en las calles de Pekín?

—Eso me indigna pero no me aflige. Si me propusiera tomarlo como cosa cierta y real la emprendería a puñetazos con todos...

—Entonces diga usted misma. ¿Qué podría hacerla llorar?

Peggy se quedó un momento pensativa.

—Diga a los músicos que toquen "Cuando el amor muere".

—Con mucho gusto—exclamó el director, esperanzado.

Y dió la orden a los músicos.

Y comenzó la lánguida y tristísima música.

Pero Peggy no hacía más que abrir la boca, esforzándose por vomitar el sollozo.

La angustia del director era tremenda. Inconscientemente se había ido acercando a Peggy con un gesto de anhelante imploración. El cameraman primero hacía también inauditos esfuerzos para ayudarla y las lágrimas asomaban a sus párpados al mismo tiempo que se acercaba a la condesa, sin dejar de rodar la manivela y diciendo de vez en cuando:

—¡Se ha muerto! ¡Se ha muerto!

También el violinista se había destacado del sexteto y se acercó cada vez más a Peggy, hasta dejar caer las notas en su mismo oído. Jamás había tocado con tanto sentimiento. De tal modo ponía el alma en aquella música, que acabó llorando como el cameraman.

Por fin, lloraban todos... todos menos Peggy.

—¡Tenga piedad de nosotros, señorita!—suspiró el director, anegado en llanto—. Una lágrima y pida lo que quiera.

Peggy se debatía inútilmente. Se levantó y comenzó a pasear para ver si así tenían más eficacia sus esfuerzos. El cameraman, el director y el violinista la seguían por el estudio, así como los cinco focos.

Se detuvo junto a una columna y dió contra ella dos fuertes cabezazos, después un pellizeo retorcido, en seguida una serie de bofetones.

¡Y nada!

Un tramoyista había tenido una ocurrencia, que puso en seguida en práctica. Armado de una cebolla y de un cuchillo, se acercó al grupo y comenzó a desmenuzar la cebolla cerca del rostro de Peggy. Las ema-

naciones le hicieron llorar a él, pero a Peggy, no.

De pronto tuvo la estrella un recuerdo. No sabía cómo pudo venirle a la memoria en aquel momento. Reconstituyó la escena de la despedida de Billy, volvió a verse en sus brazos en aquel instante angustioso de la separación. Tal fué su amargura, que hubo de volver al trono y sentarse. Y, apenas lo hizo, rompió a llorar como una criatura.

—¡Por fin!

—¡Gracias, Dios mío!

—¡Pronto! ¡Un primer término!

Estas exclamaciones y otras semejantes se oyeron en el estudio y todos se abalanzaron sobre el llanto de Peggy como el viajero del desierto sobre la laguna.

Pero he aquí que el rollo se había terminado.

—No hay película—exclamó el cameraman.

—Todo el mundo a buscar un rollo—bramó el director.

Y miraba anhelantemente a Peggy, temiendo que aquel llanto acabara antes de tiempo.

Pero no. Peggy lloraba de verdad.

Peggy lloraba como el director no había visto llorar nunca. Aquel

llanto valía por todo lo que les había hecho sufrir.

Llegó el rollo, se puso en la cámara y el cameraman estuvo rodando hasta la saciedad.

—¡Bravo! ¡Bravísimo!—exclamó el director—. Eso es llorar y lo demás son cuentos. Este llanto vale por toda una película.

Y Peggy continuaba llorando, llorando...

—Basta, señorita, basta. No se esfuerce más.

Pero Peggy lloraba, lloraba...

—¡Fá! No lllore usted más. Bueno está lo bueno.

Que si quieres. Peggy se ahogaba de angustia.

Los músicos habían dejado de tocar y acompañaban al director en sus demandas de silencio. Los cameramen, lo mismo. Volvió a crearse el mismo conflicto, sólo que al revés. Todos deseaban ardientemente que Peggy callara.

—¡Por favor, señorita!—dijo el director—. Hemos de rodar una escena cómica. Piense en lo que come su papá... A lo mejor ahora se está comiendo un toro con cuernos y todo...

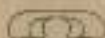
Pero Peggy lloraba, lloraba, en

tanto su pensamiento repetía: "¡Billy, Billy!"

El director, antes de volver a perder la paciencia, resolvió aprovechar aquella tregua para almorzar

y despidió a todo el mundo, siendo él el primero en marcharse para dar el ejemplo.

Y allí quedó Peggy, pensando en su Billy y llorando, llorando...



VI

De pronto sintió que una mano cogía la suya y vió entre sus lágrimas a Bergerac, el cual había sido testigo de la escena anterior.

Con su perspicacia para las cosas de amor, había comprendido el motivo de aquel llanto y no le parecía bien que su compañera de trabajo, su pareja, estuviera enamorada de otro. No era sólo que su amor propio se rebelaba, sino también que Peggy le gustaba como gustaba a todo hombre que tuviera ojos en la cara. No podía dejar perder aquel bombón, que, por otra parte, tenía abierto el camino de la fama. Tam-

bién esto lo había sabido ver con su práctica de las cosas del cine. A pesar de lo que había sucedido en la escena del llanto, algunos detalles habían revelado las condiciones artísticas de Peggy. Tenía, sobre todo, una vitalidad en el gesto y en la mímica que la práctica y el estudio realzarían hasta convertir a Peggy en la actriz de moda.

Se había peinado el bigotillo y el cabello y después de otros toquecitos convenientes en su indumentaria había caído de rodillas en el estrado sobre el cual se hallaba el trono, cogiendo la mano de Peggy.

...mostró al jefe tres fotografías.



El cuarto de Milly no era tal cuarto, sino una silla, un espejo y una caja.



— ¡Oh, Billy! Me parece que soy a tener un gran éxito.



... y presentó a rectores un sociólogo.



Pienso que Bebé Daniels empezaría a reír.



—Y si no quieres hacer reír, Billy.



Se acercó a él. Estaba comunicando por teléfono.



Lo primero que hizo el director fué presentar a Peggy a su nuevo compañero de trabajo.



Peggy fue conducida a un soberbio trono.



Armado de una espada y un cuchillo.



— ¡Oh, que encanto de locuador!



Después de representar en los «Estudios Cameto» una escena trágica...



...el cual, para saberla de enloquecer, le besaba la punta del palmo...



Cuando la doncella le dió el terrible recado, estuvo a punto de desmayarse.



—De modo que te quisiera acordarte de aquellos tiempos.



Billy la atrajo hacia sí.

—Ahora que ha dejado las comedias baratas debe olvidarse de sus antiguos compañeros—sugirió con aquella cálida entonación que tantos éxitos le había valido.

Peggy apartó la mano que cubría sus anegados ojos, asombrada al ver que aquel hombre sabía el motivo de su aflicción.

—¿Quién se lo ha dicho?—preguntó ingenuamente.

—Eso es fácil de adivinar. A todas las grandes estrellas les sucede lo mismo cuando pasan de los estudios donde han dado sus primeros pasos artísticos a los que les abren el camino de la fama.

—¿Usted cree que yo llegaré a ser realmente famosa?—preguntó Peggy, profundamente halagada y olvidándose de Billy en el acto.

—Estoy tan seguro como el director que la ha contratado.

—He fracasado en esta primera prueba.

—Ni muchísimo menos. Ha demostrado usted cumplidamente que tiene un temperamento de actriz nada común. Un buen director la convertirá en una Gloria Swanson en quince días.

—¡Oh! Es usted muy amable.

—Le aseguro que soy sincero. Ya

me contestará dentro de un mes. Lo que le ha pasado a usted les pasa a todas las estrellas.

—De todas formas es usted muy amable.

—No me agradezca nada. Es en mí una antigua costumbre el ayudar a mis compañeras. Por eso le digo que es preciso olvidar lo pasado y adquirir una nueva personalidad que corresponda a una artista seria y famosa. Es preciso tener mucho mundo para ser una estrella. Hay que aprender a desenvolverse en el gran mundo, al que va usted a pertenecer. Hay que ser exquisita, distinguida y elegante...

—Ese es mi deseo, señor Bergerrac—exclamó Peggy con sincero entusiasmo.

—Déjelo de mi cuenta. Conozco a toda la aristocracia artística de Hollywood y la introduciré en todas partes.

—¡Oh! ¡Cómo podré pagarle tanta amabilidad!

—No tiene que pagarme nada. Con que acceda a ser una buena amiga mía y prometa dejarse guiar por mí y obedecerme en todo, me daré por satisfecho... Me ha sido usted muy simpática y quiero que

brille con toda la intensidad que merece... Confidencialmente, le diré que soy el conde de Mont Pavon, pero que me gusta guardar el anónimo.

—¡Oh! Entonces nadie mejor que usted para conocer las costumbres de la buena sociedad.

—También a usted le conviene ocultar su verdadero nombre. Peggy Pepper no puede ir a ninguna parte... Ya pensaremos un nombre

que brille como brillará usted misma.

Cuando la conversación había llegado a este punto, Peggy había olvidado por completo su pena y su separación de Billy, y soñaba con los elegantes vestidos que llevaría y con los suntuosos y distinguidos salones que visitaría gracias a la amabilidad del conde de Mont Pavon, el cual se le aparecía cada vez más exquisito y admirable.

* * *

Sucedio todo como el conde de Mont Pavon habia predicho. Los excelentes directores de los "Arts Estudios" hicieron de Peggy en pocos dias una estrella de moda:

Al mismo tiempo, Bergerac la introdujo en la buena sociedad de Ho-

llywood y la artista aprendió a hacer todo aquello que una estrella debia hacer.

Se quedo mucho más delgada a fuerza de no comer más que legumbres y eso tan tasado como si fuera un canario. Contrató a un peluque-

ro, a una masajista y a un ejército de doncellas y adquirió unos modales desmayados y una propensión a ponerse nerviosa que si bien para algunos la hacía exquisita y distinguida, para otros le conquistó el calificativo de insoportable.

Poscía cincuenta vestidos confeccionados en París y a cual más estrambótico y no utilizaba los dedos meñiques ni siquiera para rascarse.

De la antigua y graciosa Peggy no quedaba casi nada. Ahora se llamaba Patricia Pepoir y era una niña crema que para reírse hacía un gesto de conejo que tenía tanto de

delicadeza como de memez. Y eso en las rarísimas ocasiones en que se reía, pues Bergerac la había enseñado a no sentir frío ni calor por nada y a hacerlo todo como por cortesía. Si se decía en su presencia algún chiste bastaba con que dijera sonriendo ligerísimamente:

—¡Muy gracioso!

Las carcajadas había que olvidarlas completamente, así como los gestos de asombro, de inquietud y de todo lo que significara una emoción fuerte... Indiferencia... bastió: allí estaba el quid de la distinción.

En su suntuoso departamento de los "Arts Estudios" esperaban la más famosa periodista de California y el fotógrafo de más prestigio en los salones.

Estaba Peggy vestida de princesa para la escena que iban a rodar cuando se presentó Bergerac vestido de príncipe.

—Nos van a hacer una informa-

cién, Patricia. Es preciso que nos sacrifiquemos.

—¿Otra información? ¡Jesús, qué fastidio!

—No hay más remedio, Patricia. Se trata de una de las mejores revistas de los Estados Unidos.

—No hay cosa que me ponga tan nerviosa como los informadores—exclamó la estrella de moda rascándose la punta de la nariz con la uña del dedo meñique.

—Todo por el arte, Patricia.

Patricia se resignó y pasó a su habitación acompañada de Bergerac.

La informadora se puso en pie y la estrella le tendió la mano sin mirarla. Después se arrellanó en su abrigo de pieles cuidando de dejar libre la cola del vestido y se dispuso al sacrificio.

—Desearía conseguir para mi periódico la verdadera historia de su vida. Dígame: ¿cuáles fueron sus primeros pasos en el cine?

—¡Válgame Dios! ¿Quién se acuerda?...

Y poniendo los ojos en blanco para rememorar, añadió:

—Recuerdo un detalle. Arrojé un pastel al rostro de un cocinero.

Bergerac tuvo un gesto de desa-

grado y le hizo señas apremiantes de que callara.

—La señorita Pepoir está fatigada—intervino—. Yo hablaré por ella.

Y comenzó a contar del siguiente modo la historia de su vida.

—Para empezar por el principio debo notificarles que Patricia Pepoir es descendiente directa del famoso general Lee. Tratándose de una dama de calidad, le fué fácil hallar en el cine un magnífico medio de expresión para su alma de artista sin tener que esforzarse en conseguir esa exquisitez, ese algo privilegiado y sublime de que da muestras en todas sus películas. La señorita Pepoir se convirtió en estrella en veinticuatro horas, habiendo así un record sin precedentes.

—¡Estupendo!—exclamó la informadora—. Esta entrevista va a causar sensación en Norteamérica.

—Pero, por Dios, no me comparen ustedes a Norma Shearer—advirtió Patricia—. Me he enterado de que le gusta el jamón y eso es horrible.

—Si han de hacer comparaciones—precisó Bergerac—hablen de Grata Garbo y de Mary Pickford, cuyas condiciones se aunan maravi-

llosamente en Patricia para formar un todo con su exquisitez y su aristocracia únicas.

—¡Justo! ¡Justísimo!—exclamó la informadora—. Me lo apuntaré.

Y apenas lo hubo apuntado, lanzó otra exclamación.

—¡No se mueva, por Dios! ¡Está usted encantadorísima!

Al decir esto, se dirigía a Peggy, la cual había adoptado una pose tan exquisita y tan amercengada, que la informadora, con muy buen juicio, temía se derritiera.

—No se mueva usted y le haremos la foto más delicada de toda su carrera artística.

Peggy había levantado el labio superior con aquel gesto de conejo que tanto la favorecía y tenía las manos enlazadas. Una pierna sobre la otra y avanzado el busto en tanto apoyaba los codos en las piernas completaban aquella actitud que daría la vuelta al mundo arrancando exclamaciones de asombro.

—¡Oh! qué encanto de hociquito—exclamó el fotógrafo que también era más cursi que un modisto.

Al mismo tiempo preparó la máquina, enfocó a Peggy y disparó.

Después tiró otras placas en las que Peggy aparecía sonriendo por

encima del hombro, rascándose la espalda por debajo del brazo y hundiéndose las uñas con la cola del vestido, otras tres posturas geniales que darían la vuelta al mundo como el "Conde Zeppelin".

Entretanto Billy continuaba luchando en las sombras del anónimo.

Después de representar en los "Estudios Cometa" una escena trágica en que la que aparentaba ser su esposa se clavaba un puñal en el pecho mientras él silbaba el himno nacional, regresó a la casa que había alquilado a medias con el coronel Pepper y procedió, como de costumbre, a hacer la comida para los dos, cosa que habían convenido al formar sociedad, pues de guisar el coronel se lo habría comido todo antes de que Billy llegara.

Aquel día había hecho el as de los "Estudios Cometa" un extraordinario, y sobre el asador se achicharraba un hermoso pollo esparciendo por toda la casa un olorcillo que en aquel momento le pareció superior a todos los de Coty.

Entró de súbito el coronel y tuvo que cogerse a la jamba de la puerta para no desmayarse.

—Eres un demonio, Billy. Tú serás mi muerte.

—Le advierto a usted que se des-
hace de tierno.

—Por lo que más quieras, no me
hables así hasta que esté la comida
en la mesa. Estoy embriagado.

—¿Sabe usted por qué he hecho
este extraordinario?

—¿Por qué?

—Porque pienso invitar a Peggy.

—¡Bah! Perdería el tiempo...
Peggy ahora tiene demasiadas ocu-
paciones para acordarse de nos-
otros.

Y al decir esto, había en las pa-
labras del coronel un matiz de
amargura.

—Estoy seguro—dijo Billy con
su acostumbrada jovialidad— de
que si la invito yo viene.

—Pues ve a avisarla. Así se ren-
nirán en la mesa dos placeres a cual
más profundo.

Billy fué en seguida a telefonear-
le.

Le contestó una doncella que
cumpliendo órdenes de su señora, le
dijo que no estaba en casa.

—Dígale que es Billy el que te-
lefonea y verá usted como si que
está.

—Ningún Billy podrá hacer cam-
biar de opinión a mi señorita.

—No sea usted cateta y avisela.

—¡Qué grosero! Un hombre que
pronuncia esas palabrotas no puede
hablar con mi señorita, la estrella
más exquisita de Hollywood.

—¡O le dice usted que la llama
Billy o le tiro algo!

—¡Billy! ¡Qué horror de nom-
bre! Si le digo eso a mi señorita me
despide.

Pero Peggy, que estaba en aquel
momento por la escalera del vesti-
bulo, se apresuró a dirigirse al te-
léfono al oír el nombre de Billy y
a reprender a la criada por hacer
comentarios sobre sus amigos.

—¿Qué quieres, Billy? Aquí es-
toy.

—Hola, Peggy! ¡Gracias a Dios
que oigo tu voz aunque sea por te-
léfono!

—¡Tengo tanto trabajo! ¿Para
qué me has llamado?

—Para invitarte a comer. Tu pa-
dre y yo hemos preparado un ban-
quete en tu honor.

—¡Cuánto lo siento, Billy! ¡Es-
toy invitada a otro banquete al que
no puedo faltar!

Hubo una pausa que denotó el
desaliento de Billy.

Después se oyó su voz mucho más
apagada que antea.

—Supongo que no te acompañará ese niño cursi de Bergerac.

—Ya sabes que eso forma parte de mis obligaciones. Una artista famosa no puede ir con quien quiere, sino con el que conviene a la casa.

—Sí... Claro... Bien, bien. Hasta otro día.

Tuvo que colgar en seguida el transmisor para que Peggy no oyera el sollozo que no había podido reprimir.

* * *

Toda la compañía, incluso el director, que por cierto era el mismo que un día le pidiera con lágrimas en los ojos que lloraba, esperaba a Peggy.

Estaban en el campo, pues la escena era campestre, mejor dicho, selvática. Peggy pasaría a caballo, vestida de amazona, junto a un desfiladero. Bergerac la detendría, le haría el amor y cuando la dama, embriagada por las dulces y cálidas insinuaciones cayera en sus bra-

zos, él la raptaría. La escena se desarrollaba en el norte de Inglaterra. La época no era la presente sino aquella en que los caballeros tenían a todas horas la espada en la mano y destripaban a varias docenas de duelistas por conseguir la admiración de una dama, a la que abandonaban al día siguiente, después de haber obtenido de ella, algo más que una mirada y una sonrisa.

El escenario era los selváticos alrededores de un castillo.

Dos docenas de automóviles y otros tantos camiones rodeaban el lugar donde habían de rodarse las escenas. Un ejército de tramoyistas montaban saltos de agua artificiales y al estilo inglés. Traspuntos, media docena de operadores y cámaras, otros tantos técnicos y más de veinte artistas...

Todos esperaban a Peggy.

Llegó por fin en su automóvil y acompañada de cinco doncellas. Iba vestida de amazona y una de las niervas le iba pisando los talones provista de una silla de tijera, para el caso de que a Peggy se le ocurriera sentarse en medio del camino.

Toda la compañía fué a recibirla.

—Siento mucho haberlos hecho esperar—dijo levantando el labio superior hasta la nariz.

Del grupo salió un murmullo de protestas.

—De ningún modo.

—No faltaría más.

—Esperar a usted es un deleite.

Entretanto, la doncella depositaba la silla junto a sus piernas y a sus espaldas, cada vez que la estrella parecía haber adoptado una actitud de inmovilidad que podía ser

precuradora de la determinación de sentarse.

Pero Peggy se volvía a un lado y a otro y la doncella tenía que ir corriendo la silla de modo que cayera debajo de la parte del cuerpo que Peggy utilizaba para sentarse.

El director la cogió de un brazo y dijo vivamente:

—Me parece que vamos a hacer nuestra mejor escena... El panorama es soberbio... El abismo...

Pero Peggy se deshizo convulsivamente de aquella presión y dijo despectivamente:

—Haga el favor de no tocarme. Tiene usted el meñique encorvado y eso me cripa los nervios.

El director se deshizo en excusas y le faltó poco para prometerle que se pondría derechos los meñiques.

—¿Dónde hemos de filmar? —inquirió la estrella.

—Aquí mismo... No hay fondo mejor en todo el contorno.

—¿He de apoyarme en algún árbol?

—Sí—repuso el director—. Cuando él le habla de amor usted, como embriagada, se apoya en un árbol.

—Entonces habremos de trasladarnos a otra parte. Aquí no hay más que abetos y yo no me apoyo en un abeto por nada del mundo.

—Pero...

—Basta. No me replique usted. Que me busquen un paraje donde no haya abetos.

Lo encontraron a doscientos metros de donde estaban y hacia allí

se fué Peggy seguida por toda la compañía y por todos los autos y camiones.

En seguida comenzaron a representar.



Entretanto otra compañía mucho más modesta filmaba también escenas al aire libre y quiso la casualidad que eligieran el mismo lugar que Peggy había elegido.

La modesta compañía pertenecía a los "Estudios Cometa" y Billy, por consiguiente, formaba parte de ella.

El rival de Charlot llevaba puestos sus bigotazos de siempre y corría perseguido por un piquete de guardias que le disparaban. Los "Estudios Cometa" no se atrevían a prescindir de los guardias ni de los pasteles.

Billy se detuvo y al ver que era Peggy la que estaba trabajando, decidió que los guardias siguieran dis-

parando tiros al aire, en tanto él se deleitaba viendo a la que seguía siendo dueña de su corazón.

Vió cómo Peggy bajaba del caballo y cómo surgía Bergerac de entre las frondas. Inmediatamente sobrevinía el diálogo y segundos después Peggy se apoyaba en el árbol completamente fascinada por el irresistible galán, el cual, para acabarla de enloquecer, le besaba la punta del pañuelo que ella llevaba en el cuello.

Al ver a Billy, su amigo Morton, que estaba presente, le rogó se alejara de allí porque Peggy estaba aquella tarde extraordinariamente nerviosa y era seguro que se pondría mucho peor si le viera.

Así lo hizo Billy. Pero, en vez de retirarse para reunirse con los de su compañía, los cuales le andarían buscando sin duda, se escondió detrás de uno de los camiones desde donde continuó siendo espectador de las escenas amorosas entre Peggy y aquel Bergerac al que tenía más atragantado que a su casera.

Terminó la escena del árbol y todos aplaudieron a la genial actriz aunque estaba muy lejos de haberlo hecho bien.

El director le suplicó con muchísimo tiento:

—¿Tiene la bondad de arreglar-se el maquillaje y rodaremos en seguida la segunda escena?

Peggy se dirigió hacia el camerino, el cual se había montado precisamente en aquel camión en que Billy estaba oculto.

El encuentro fué inevitable y Billy no hizo nada por esquivarla.

Peggy dió un grito al verle. Estaba tan nerviosa que se había creído que era una aparición.

Billy rió de buena gana. A Peggy, en cambio, no le hizo mucha gracia que se torturase así a su delicado corazón.

—¡Con esos bigotazos—exclamó—cualquiera no se asusta!

—¡Siempre tan encantadora! ¡Si supieras las veces que te nombramos en los "Estudios Cometa"!—

—Me he de arreglar el maquillaje, Billy.

—Espera un poco. ¿Acaso no quieres hablar conmigo?

—¡Claro que quiero! Pero...

—Ya sabía yo que seguirías siendo la de siempre. ¡Tan alegre! ¡Tan sincera!... Todos nos alegramos mucho de tus triunfos y yo más que nadie... No puedo olvidar aquellos días en que nos arrojábamos merengues a la cabeza y huíamos juntos de la persecución de los guardias...

Peggy se estremeció como si le hubieran tocado el trigémino.

—¡Qué horror, Billy! Me ponen nerviosa los pasteles. No me los vuelvas a nombrar.

—Pues antes te los comías a dos carrillos.

—¡Calla, por Dios! No digas vulgaridades.

Por toda respuesta, Billy le cogió uno de los bucles postizos y tiró de él como si fuera un muelle.

—¡Estás insoportable!

—¡Siempre la misma! ¡Siempre la misma!—exclamó Billy no pudiendo creer que aquellos gestos

que hacía Peggy no fueran una parodia intencionada de la cursilería de algunas estrellas dramáticas.

Bergerac vino a empeorar las cosas.

Peggy se vió forzada a hacer la presentación y Billy salió con una de las suyas.

—No es necesario que me lo presentes, Peggy. Lo conozco. Me ha servido muchos platos de macarrones en el restaurante "Boni". Le llamábamos el conde de Mont Pavon.

—¡Billy!—exclamó Peggy en tono de censura—. ¿Cómo te atreves a insultar a un actor famoso?

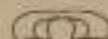
Bergerac había adoptado una actitud arrogante y despreciativa a la que Billy respondió con un cariñoso puntapié debajo de la americana del ex camarero.

—¡Caballero!—exclamó Bergerac.

—¡Ea! esto es demasiado—dijo Peggy resueltamente—. Me desagradan tus ordinariíces, Billy, y si has de seguir siendo siempre en el estudio y en la vida privada el actor de comedias baratas que ahora eres, te agradeceré no vuelvas a acordarte de mí.

Y, cogiendo del brazo a Bergerac, se fué con él a filmar la escena siguiente.

Billy quedó estupefacto. No bromeaba Peggy al hacer aquellos viajes de conejo; no bromeaba al hablarle despreciativamente. Tal impresión de desconcierto y amargura le produjo este convencimiento que permaneció allí inmóvil hasta que los de la compañía dieron con él después de mucho buscarle.



VIII

Estaba almorzando en compañía de todos los artistas de los "Arts Estudios", cuando recibió una llamada de Morton, cuya importancia en la casa era cada vez mayor.

A su lado estaba Douglas Fairbanks y allí se veía también a Karl Dane, a Jorge K. Arthur, a la deliciosa Pringle y a una porción de artistas famosos más.

Fué un botones el que dió a Peggy el aviso.

—El señor Morton la llama, señorita Pepoir.

—Di al señor Morton que ahora estoy almorzando y que no puedo ir.

Y continuó hablando con Douglas, el cual estaba muy preocupa-

do con el empeño de hacer ver que se tragaba un cuchillo.

El botones volvió en seguida con este segundo recado:

—Dice que es muy importante lo que tiene que decirle y que luego almorzará.

—¡Jesús qué lata!... Perdona, Douglas; estos productores son insupportables.

Morton la recibió con un puñado de telegramas en la mano.

—Tenga usted y entérese.

Peggy comenzó a leer con gesto de hastío.

"Joe Morton. Hollywood Ca.

No envíe más películas Patricia Pepoir. Público las rechaza sin excepción.

E S P E J I S M O S

Cine Carmeo, New Orleans".

"Joe Morton, Hollywood Ca.

Inútil servir películas Patricia
Pepoir, en completa decadencia.

Gran Teatro, Michigan".

"Joe Morton, Hollywood Ca.

No queremos películas Pepoir.
Público las protesta.

Cinema Star, Filadelfia".

Aun quedaban ocho o diez más
y todos concebidos en los mismos
términos.

Peggy los arrojó despreciativa-
mente sobre la mesa de Morton.

—Esto no merecía la pena de ha-
berme llamado. ¿Qué culpa tengo
yo de que unos cuantos imbéciles
no entiendan de arte?

Y se disponía a marcharse, pero
Morton la detuvo.

—Un momento. Tenga usted la
bondad.

—Bien; diga usted lo que quiero,
pero pronto.

—Así lo haré... Sólo quiero de-
cirle que el día que la contraté era
usted una muchacha llena de ale-
gría y de sinceridad. Ahora se ha
olvidado de todo para adorarse a
sí misma y esa preocupación impi-
de a su arte que se exteriorice. Lo
que dicen esos telegramas, lo estoy
diciendo yo hace mucho tiempo... Y
estoy decidido a poner a esto punto
final. Quiero que vuelva a ser usted
Peggy Pepper.

—Eso depende de mí, señor mío.
Usted lo único que puede hacer es
decirme si le convengo o no le con-
vengo. Pero le voy a ahorrar ese
trabajo. No cuente conmigo para
nuevas películas. Me iré mañana
mismo a trabajar a otra casa.

Y dió media vuelta y le dejó
plantado.

* * *

Días después los periódicos publicaban una noticia sensacional.

"Mañana tendrá lugar la boda de la célebre estrella Patricia Peppoir con el conocido ídolo de las damas André de Bergerac, conde de Mont Pavon, el cual, como es sabido, compartía su arte y su amistad con la estrella desde hacía mucho tiempo".

La noticia produjo entre el elemento femenino el natural revuelo, pero hubo un hombre que se mostró más interesado por ella que todas las mujeres juntas.

¿Haremos de decir que este hombre era Billy?

Había pensado mucho sobre el anormal estado de cosas entre Peggy y él y se había formado su composición de lugar.

Como producto de sus reflexiones continuó queriendo a Peggy como siempre y se dijo que algún día terminaría aquella especie de sa-rampión artístico y todo volvería a la normalidad.

Pero he aquí que la noticia del periódico le advertía que si continuaba esperando no llegaría a tiempo. ¡Cualquiera iba a pensar que el ex camarero demostrara tener tanta prisa!

Y comprendió que había que tomar una rápida resolución.



Al día siguiente la casa de la estrella estaba rodeada por varias filas de autos y una multitud se agolpaba ante la fachada principal para ver salir a los novios cuando se dirigieran a la iglesia.

Había también multitud de fotógrafos y cameramen.

Afluían los invitados entre los que figuraban los cincistas más distinguidos.

De pronto, apareció un joven entre la multitud y se dirigió a la puerta de entrada. Era Billy, al cual no se le había ocurrido mejor modo de poner remedio a la situación que impedir de un modo violento la boda.

El portero le detuvo.

—¿Lleva usted invitación?

—Se me ha olvidado cogerla, pero la tengo en casa.

El portero miró a Billy de arriba abajo antes de contestar:

—Si no tiene usted invitación no puedo dejarle entrar. Es una orden terminante.

—Cuando venga Charlie Chaplin entraré con él del brazo—dijo Billy para imponerle respeto.

—El señor Chaplin no está invitado... Por otra parte, para entrar había de quitarse ese jersey y ponerse un smoking.

Comprendió Billy que con aquel portero era imposible luchar y determinó ver de entrar en la casa por otro sistema.

Dió la vuelta al edificio para hacer una investigación de los diversos puntos de entrada y vió que la puerta trasera estaba abierta en aquel momento y que varios hombres entraban y salían por ella, des-

cargando el contenido de un camión.

En seguida tuvo una idea luminosa. Aprovechando una oportunidad cogió del interior del camión el bulto más grande y ocultando tras él el rostro, penetró por la puerta de servicio.

Los hombres iban depositando las cosas sobre la mesa de la cocina, pues casi todo lo que se descargaba tenía que ver con el banquete de bodas, y lo mismo hizo Billy.

Hay que advertir que la doncella de confianza de Peggy conocía a Billy por haberle visto más de una vez entrar en casa cuando, como de costumbre, no estaba Peggy.

Esta doncella estaba en la cocina

dirigiendo la colocación de las cosas y cuando vió a Billy y lo reconoció al salir su rostro de detrás de la protectora carga, dió el mismo grito que habría dado de ver a un ratón que se dirigiera a sus piernas.

—Dígale usted que estoy aquí—demandó Billy.

—¡De ningún modo! ¡Ni que estuviera loca! Puce vaya un diña que ha elegido usted para visitarla.

—Si no se lo dice usted le pego fuego a la casa.

Al ver el rostro desencajado de Billy la doncella no dudó de que fuera capaz de provocar el incendio y obedeció en el acto. Todo antes que morir achicharrada.



En aquel preciso instante estaba Peggy dando los últimos toques a su vestido nupcial y los últimos gritos a las siete doncellas que la rodeaban.

Cuando la sirvienta de confianza le dió el terrible recado estuvo a punto de desvanecerse.

No se le había ocurrido pensar en Billy durante aquellas horas tan decisivas para su porvenir. Y he aquí que ahora, al oír su nombre, se despertó en ella un confuso sentimiento de reproche por su olvido.

Pero fué un instante, un segundo... Inmediatamente volvió a levantar el labio superior y Patricia Pepoir desterró a Peggy Pepper.

—Dígale usted que no le puedo recibir.

—Recíbalo usted, señorita. Está furioso. Nos ha amenazado con quemar la casa.

Peggy no pudo evitar un movimiento de inquietud. Conocía a Billy y sabía muy bien las tremendas bromas que gastaba.

No tuvo más remedio que dirigirse a la cocina.

Desde el primer momento comprendió que aquella vez le sería difícil deshacerse del antiguo compañero de trabajo, pues Billy la miraba con extraña fijeza, con energía desconcertante.

—¿Qué quieres?—preguntó con cierto recelo.

—Peggy—exclamó Billy en un arranque de sinceridad—. Estás en peligro y he venido a salvarte. No sabes lo que vas a hacer.

—Lo sé y, porque lo sé, no admito que nadie se mezcle en mis asuntos.

—No lo sabes, Peggy. Estoy seguro de que no lo sabes. Tú eres

una mujer de corazón y es imposible que te obstines en no serlo. Estás ciega... estás ciega...

Y añadió cada vez con más energía:

—Ahora que podías consolidar tu fama para siempre echas a rodar tu carrera. Y todo por culpa de esa insinceridad, de esa manía de exquisitez, de esa adoración de ti misma que te ha convertido en otro ser distinto de poco tiempo a esta parte. ¿No comprendes, Peggy, que lo mejor que tenías era esa sinceridad y esa juventud y esa alegría que has perdido?... Ahora por añadidura, quieres casarte con un aventurero al que no amas, sólo porque crees que es conde como él dice... Aun estás a tiempo, Peggy. Vuelve en ti. No te cases con ese hombre, que te hará inmensamente desgraciada... Aun estás a tiempo.

Se acercó a ella, que le escuchaba con su acostumbrado gesto de fastidio y añadió con tono de imploración:

—Te aseguro, Peggy, que no lo digo por despecho ni por egoísmo... No, Peggy, no es que quiera que me sigas amando a mí, aunque bien es verdad que eso es lo que más feliz podría hacerme... Pero no se tra-

ta ahora de mi felicidad sino de la tuya... Vuelve en ti. Acuérdate de los viejos tiempos en que tu vida era tan encantadora, tan alegre y tan sincera...

Jamás había hablado Billy con tanta franqueza y con tanto calor. Nunca había estado tan discreto y tan serio.

Pero nada de esto podía ver Peggy, cuya ofuscación continuaba haciendo de ella la indiferente Patricia Pepoir.

Todo lo que contestó fué lo siguiente:

—No quiero recordar aquellos tiempos ingratos de miseria y de risa.

Billy perdió la paciencia. Estaba resuelto a salvar a Peggy y la salvaría fuera como fuera.

—¿De modo que no quieres acordarte de aquellos tiempos? Pues bien, yo sí que quiero que te acuerdes y te voy a hacer memoria en seguida.

Y cogiendo uno de los sifones que había sobre la mesa de la cocina, apuntó a Peggy y le disparó el chorro como hiciera el cocinero en aquella inolvidable escena en que la estrella trabajaba por primera

vez ante una cámara cinematográfica.

El magnífico vestido de Peggy quedó hecho una lástima y lo mismo sucedió a su maquillaje y a su tocado. Le cayó el cabello sobre la frente y como estaba mojado se le pegó a los ojos dando a Peggy la misma cómica apariencia que tanto había hecho reír al señor Cometa el día memorable.

Mientras quedó un dedo de agua en el sifón, Billy no dejó de apretar el gatillo y Peggy estuvo tragando agua por boca y narices hasta que recibió una ducha completa.

—Ahora mirate al espejo — le aconsejó Billy.

Pero lo que hizo Peggy fué alargar la mano, coger lo primero que encontró—un magnífico pastel de merengue — y arrojarlo con furia a la cabeza de Billy.

Pero Billy estaba muy práctico en el arte de esquivar proyectiles de esta especie y se apartó con un rapidísimo quiebro al mismo tiempo que la puerta se abrió y aparecía el rostro griego del conde de Mont Pavon, el cual recibió en plena cara el blanco y pegajoso envío.

Al ver que las cosas habían sucedido mucho mejor de lo que él es-

peraba, Billy se dió por satisfecho y se marchó, seguro de que por lo menos aquel día no se celebraba la boda, ya que Peggy era presa de una de esas rabietas a que tan propensas están las que sufren de histerismo y de ese otro mal mucho peor aun que se llama cursilería.

El conde de Mont Pavon, con su rostro griego y su gallarda figura, había quedado en medio de la estancia con una actitud semejante a la que adoptó el comendador cuando supo que su hija había sido rapada por el malvado don Juan.

En cuanto a Peggy, se había mirado al espejo entre sus lágrimas y había podido comprobar dos cosas importantes: primera, que no hay dioses en la tierra, cuando se vacía un sifón encima de ellos, y segunda, que continuaba siendo la misma Peggy que había llegado de Georgia en un trepidante Ford y había hecho reír a la gente en los estudios Cometa. Nada había cambiado en el fondo. Todo estaba igual.

Después miró al conde de Mont Pavon y lo halló tan grotesco como había hallado el día inolvidable al cocinero sobre el que había lanzado, también con sincera furia, el primer pastel de merengue de su re-

pertorio. Todo mentira, todo una grotesca farsa. Ahora se daba cuenta de que había algo más de lo que se veía en las personas... algo invariable y fuerte, algo real y verdadero, algo humano...

El conde de Mont Pavon se acercó a ella para formular alguna de sus ridículas necesidades, pero ella lo impidió.

—Vete, vete... Todos sois iguales, todos somos iguales... Basta ya de farsas... Todo ha sido una farsa en mi vida desde hace mucho tiempo y quiero que esto termine.

—Por Dios, Patricia—dijo Bergerac encorvándose para evitar que el merengue que su cara rezumaba le cayera encima. Comprende que los invitados nos esperan.

—¡Que se vayan los invitados! ¡Ahora mismo voy a decirles que esta boda ha sido una farsa más entre las muchas de mi vida de "diosa de la pantalla"! ¡Voy a decirles que todo ha terminado y que me llamo Peggy Pepper y que soy hija de un coronel retirado y no del general Lee! ¡Y tú vete también si no quieres que te desenmascare!

Abrió la puerta y le hizo salir de un empujón.

Oyó las risas de los invitados al verle con el rostro lleno de pastel de merengue.

No le extrañó. Sabía ya que todos somos iguales, que todos hacemos reír cuando nos vacían encima un sifón o nos arrojan al rostro un pastel de merengue.

¡Todos, todos igual!

Y puesta a hacer descubrimientos, descubrió también que así como ahora había impedido a Bergerac que se acercara a ella, en aquella otra escena memorable cuando también lloraba a consecuencia de una ducha de sifón, se dejó acariciar por Billy y enjugar las lágrimas y consolar con aquella dulzura tan sincera, tan honda y tan distinta a la convencional que Bergerac pretendía dar a sus palabras.

Y contemplándose al espejo, desgredada, pringada de lágrimas de sifón y de colorete derretido, exclamó en un arranque de su antigua sinceridad:

—¡Oh, Billy, Billy! ¡Gracias por haberme abierto los ojos! ¡Gracias por haberme demostrado que sigo amándote todavía!

IX

La vida de Peggy experimentó un cambio radical. Bergerac y todos los que la habían rodeado en su época de locura haciendo de ella la Patricia Pepoir que estuvo a punto de malograr su carrera y los verdaderos sentimientos de su corazón, fueron evitados ahora por la verdadera Peggy. Dejó los "Arts Estudios" y firmó en otra casa después de hacer ensayos para demostrar que Patricia Pepoir, la fracasada, había desaparecido.

Llamó a su padre a su lado y en cuanto a Billy lo dejó para mejor ocasión.

Llevaba otra vez una vida natural y si bien gozaba de sus éxitos y era feliz al sentirse famosa, lo hacía de un modo humano, rechazando la jactancia y admitiendo la legítima alegría.

Un día resolvió poner en práctica

lo que había pensado para renovar su amor con Billy.

King Vidor, su director y amigo, no le negaría el favor que iba a pedirle.

Y en efecto, vio cumplidos sus deseos. King Vidor contrataría a Billy para la primera película que rodaran y sin dejarle entrever que Peggy había intercedido por él. Billy, de acuerdo con los deseos de la actriz, ni siquiera sabría que Peggy hacía el papel de protagonista en la película en que el joven tenía que debutar.

Hallábase Billy en los "Estudios Cometa", pegándose su inseparable bigote, cuando recibió la llamada del famoso director.

Se puso en pie de un salto arrojando los bigotes por el aire, y diciéndole al señor Cometa que tenía un compromiso ineludible y que

aquella mañana no podría trabajar, salió de los "Estudios Cometa" como un cometa.

Por el camino su mente rebulló y forjó castillos que eran verdaderas torres de Babel.

Se vió convertido en un William Haines de la noche a la mañana. De que la llamada equivalía a un contrato no cabía dudar un momento. Cuando un director llama a un artista sin ser amigo suyo es únicamente para contratarle. Si desea alguna otra cosa de él no le llama sino que le escribe.

Una de las cosas que se le ocurrió pensar era que había llegado el momento de recuperar a Peggy. El sabía que Peggy había cambiado mucho a raíz de la escena que provocó la ruptura de su compromiso matrimonial, pero no había querido precipitar los acontecimientos. Quería ser siempre oportuno porque sabía que nada vale tanto como la oportunidad, cosa que había queda-

do bien evidente al visitar a Peggy una hora antes de su matrimonio y en el momento preciso en que la ducha de sifón había de producir su máximo efecto.

Ahora se le presentaba ocasión de ir a ella sin que pareciera que buscaba el calor de su fama y de su fortuna. Ahora también él sería rico y famoso.

La entrevista fué breve. Vidor le ofreció un contrato en buenas condiciones, si no para hacer primeros papeles, si susceptible de ser renovado por otro en caso de que Billy demostrara en sus pequeñas interpretaciones mayores aptitudes.

Volvió Billy más contento que unas pascuas a los "Estudios Cometa" y contó francamente lo que le había ocurrido. Todos le felicitaron como habían felicitado a Peggy un año atrás y también cuando Billy se despidió de sus compañeros se produjeron las escenas de tristeza y fraternidad.



Llegó por fin el día soñado del debut.

Una hora antes de la llegada de Billy, King Vidor preparaba la escena en que el debutante había de intervenir.

El escenario era una aldea perdida, una venta aislada en mitad del camino. Peggy era la ventera y tenía por novio un soldado al que no había visto hacía mucho tiempo... desde que se fuera a la guerra.

Casualmente, Billy, el novio de Peggy, llegaba con su regimiento a la aldea y como no era allí donde residía la ventera habitualmente, ni uno ni otro esperaban verse.

Y se veían.

La labor de Billy se reducía ex-

clusivamente a aquella escena, pues el soldado continuaba su camino con su regimiento y no volvía a saberse de él, pero el trabajo era delicado y difícil, pues tenía que mostrarse emocionado y sorprendido al ver a su novia, manteniendo con ella un diálogo en el que se habían de adivinar las palabras entrecortadas por la alegría del inesperado encuentro y por el amor profundo que les unía.

Sentado en su silla y con una varita en la mano, el gran Vidor daba órdenes a la legión de artistas, operadores, tramoyistas y técnicos.

A su lado estaba Peggy vestida de aldeana. De pronto, el director le preguntó:

—Supongo que su recomendado

no nos echará a perder la escena.

—No tema usted, mister Vidor. Ha trabajado mucho. Además, siendo yo la ventera, puedo asegurarle que lo hará con mucha naturalidad. Y todavía lo hará mejor si no le dice usted que yo trabajo en la película. Como he de estar dentro de la venta no me verá hasta el momento conveniente y usted será el primero en asombrarse de su trabajo.

—Perfectamente. No le diremos nada.

—Le estoy muy agradecida, mister Vidor.

—Todo depende de él. Si tiene ganas de trabajar y se fija, haremos de él un actor.

Mister Vidor se golpeaba el pie con la varita. Al mismo tiempo que hablaba no perdía detalle de la preparación de la escena.

—¡Fuera de ahí ese carro! ¡Más a la izquierda! ¡No ha de vérselo en el primer cuadro!

Inmediatamente continuó hablando con Peggy.

—No sería el primero que ha entrado en mi compañía sin ser nadie y ha salido siendo mucho.

De pronto, vió Peggy a Billy a lo lejos. Llegaba cargado con una ma-

leta y se había permitido el lujo de tomar un taxi.

—Me voy a la venta, mister Vidor. Ya llega Billy.

Y echó a correr seguida por una última recomendación de mister Vidor, referente al momento de su salida.

Peggy movió afirmativamente la cabeza en señal de respuesta, pero sin volverse ni detenerse.

El ayudante del director se acercó a él para decirle que todo estaba listo.

—Bien. En seguida empezaremos. El único que faltaba era el muchacho del beso y ya llega.

Billy se acercó con la gorra en la mano.

—A sus órdenes, mister Vidor. Le estoy profundamente reconocido por haberme dado esta oportunidad.

Mister Vidor le tendió la mano.

—Lo mejor que puede usted hacer para demostrarme su gratitud es poner los cinco sentidos en su trabajo y no hacerme repetir las cosas, con lo que se pierde tiempo y se echan a perder metros de película.

—Haré todo lo que esté en mi mano, mister Vidor. Y estoy segu-

ro de que si usted sigue siendo tan generoso conmigo y me ayuda acré un actor digno de su compañía. Usted sabe muy bien que mi éxito depende más de usted que de mí.

—Me alegra oírle hablar así, Billy. Eso demuestra que mi llamada no se le ha subido a la cabeza, lo cual dice mucho en favor de usted. Ponga mucha voluntad y le aseguro que haremos de usted un primer actor que no desmerezca al lado de los mejores... Y a trabajar en seguida. Mi ayudante le dará un uniforme. Vístase y venga con sus compañeros a recibir instrucciones.

En un santiamén estuvo Billy vestido y reunido con los demás soldados. Todo estaba listo. Los veteranos se acercaron y rodearon a mister Vidor para recibir sus órdenes.

Mister Vidor agitó su varita, prueba evidente de que su actividad artística había comenzado.

—Venís delante de vuestro regimiento para reconocer la aldea y preparar el alojamiento de todos. Llegáis frente a la venta y la dejáis de cuenta de Billy en tanto los demás continuáis para visitar las demás casas de la aldea... Nada de exageraciones ni prisas; nada de aspavientos... Usted, Billy, mira a

un lado y a otro para convencerse de que sus compañeros no le ven ya, se echa la mano al bolsillo, cuenta su capital y prometiéndose un almuerzo abundante y tragando saliva, se dirige a la venta. Pero antes de llegar se detiene. En la puerta de la venta ha aparecido la ventera y la ventera es su amada. Ni usted ni ella esperaban encontrarse. Usted se sorprende, no puede dar crédito a sus ojos. Poco a poco se va acercando a ella en tanto ella se va acercando a usted. Se miran fijamente. Cuando están a dos pasos uno del otro se detienen. Usted la llama por su nombre y ella responde nombrándole a usted por el suyo. No hay duda. Son ustedes mismos. Alegría, una alegría con mezcla de llanto. Avanzan, se cogen de las manos. No aciertan a decirse nada y al fin caen el uno en los brazos del otro... Esto es todo lo que ha de hacer, Billy. Si se porta usted bien, haré que se le vea morir en la guerra. Si no, se dirá en un rótulo, en una carta, que ha muerto y asunto concluido... De modo que si quiere morir se ha de hacerlo bien.

Y mister Vidor gritó:

—¡Listos!

Indicó a los soldados la dirección en que debían llegar y el cameraman comenzó a rodar.

Aparecieron los soldados. Cruzaron algunas palabras y todos menos Billy continuaron su camino.

Billy no era ya el actor de los bigotazos y del aspecto grotesco. Era un joven simpático y arrogante, modesto y alegre, cuya sinceridad le impedía comportarse con afectación.

Miró a un lado y a otro con gestos llenos de naturalidad. Precisamente tenía apetito y la idea de un almuerzo abundante le atraía poderosamente.

Se dirigió decidido hacia la venta. De pronto se detuvo realmente estupefacto.

Allí estaba su novia... pero no una novia de película sino la novia en que realmente había siempre soñado su corazón.

—¡Peggy!—exclamó.

Y ella contestó en el mismo tono:

—¡Billy!

Si, era ella. Se olvidó de las recomendaciones de mister Vidor y se dejó llevar de sus sentimientos.

En vez de avanzar lentamente, corrió hacia ella al mismo tiempo que ella corría hacia él.

La cogió Billy en sus brazos y la atrajo hacia sí.

—Cuidado, Billy. Piensa que la cámara está rodando.

—Peggy... —balbuceó—. Todo lo comprendo... Ha sido obra tuya...

—Si, Billy. Quería reparar el mal que te he hecho cuando no era yo misma.

—Peggy... ¿verdad que me quieres? ¿Verdad que nos amamos?

—Si, Billy. Y nada ni nadie podrá interponerse ahora entre nosotros...

Loco de alegría y en un arrebato de amor la cabeza de Billy cayó sobre la de Peggy y quedaron unidos por un beso.

—¡Eso es!—exclamó mister Vidor, muy satisfecho y haciendo parar al cameraman.

Después dió una voz a los artistas, los cuales continuaban estrechamente abrazados.

—¡Estamos listos!

Pero con gran asombro suyo los artistas continuaron unidos por los labios.

Cogió la bocina y volvió a gritar:

—¡Estamos listos!

Pero tampoco le hicieron caso.

Repitió una vez más la llamada

E S P E J I S M O S

y al no conseguir tampoco que le atendieran, arrojó la varita y exclamó:

—Por mí ya podéis quedáros ahí hasta pasado mañana.

El ayudante ofreció a mister Vi-

dor la americana y éste se la puso y se retiró seguido de toda la compañía.

Y allí quedaron Peggy y Billy, abrazados estrechamente, apasionadamente...

* * *

Billy murió en el campo de batalla, lo que probaba que mister Vidor estaba satisfecho de su trabajo.

El día del estreno de la película obtuvieron los dos un éxito resonante y para celebrarlo, se comieron un pollo asado en compañía del co-

ronel, para el cual significaba aquello un regalo inapreciable porque el médico le había puesto a dieta.

Cuando representaron una nueva película, Billy hacía el papel de primer actor y era marido de la primera actriz, es decir, de Peggy.

F I N

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zazá.—¡Adiós, juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Trípoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara.—El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la Carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Ballarina de la Opera.—Ben-All.—Los Cuatro Diables.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.—Un clérigo muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Singapur.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Vírgenes modernas.—El Pagano de Tahití.—Estrellas dichosas.—Esto es el Cielo y La senda del 98

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

¡GRAN ÉXITO!

La Novela Eva

(Publicación semanal de novelas modernas)

Números publicados:

La rubia del taxímetro

por DOMINGO DE FUENMAYOR

**La manicura que no sabía
decir que no**

por LILÍ

Santa Madrona

(Agua fuerte de los barrios bajos barceloneses)

por JOSÉ REYGADAS

Impresión... eléctrica, por LINA

Encarna, la enigmática, por DORA

Esta semana:

Casada... y como si nada

por DON NADIE



INMEJORABLE PRESENTACIÓN
ILUSTRACIONES EN EL TEXTO

Precio: 30 céntimos

La Novela para todos

(Publicación semanal de novelas para todos los gustos)

NÚMEROS PUBLICADOS:

Mary la buena, Mary la mala

por Manuel Reina Sotomayor

La que no pudo ser mala

por Sara Iesla



ESTA SEMANA:

La estrella de los montes

por R. Merchán Vargas



EN PREPARACIÓN:

Ella, El y el Perro

por Jorge Clary



COLABORACIÓN SELECTA EXCLUSIVAMENTE
NACIONAL

Ilustraciones en el texto

Precio: **30 cts.**

GRANDIOSO ÉXITO

de la mejor novela relacionada
con el cine publicada hasta la fecha

**De vendedora de periódicos
a estrella de cine**

Asunto desarrollado en VEINTE cuadernos

*

Acaba de aparecer el 5.º cuaderno

ILUSTRACIONES EN EL TEXTO
AMENO Y ABUNDANTE



PORTADAS A COLOR

Precio: 25 céntimos

Las mejores novelas de cine son:

La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Americana Cinematográfica

La Novela Frivola Cinematográfica

Los Grandes Films de
La Novela Semanal Cinematográfica

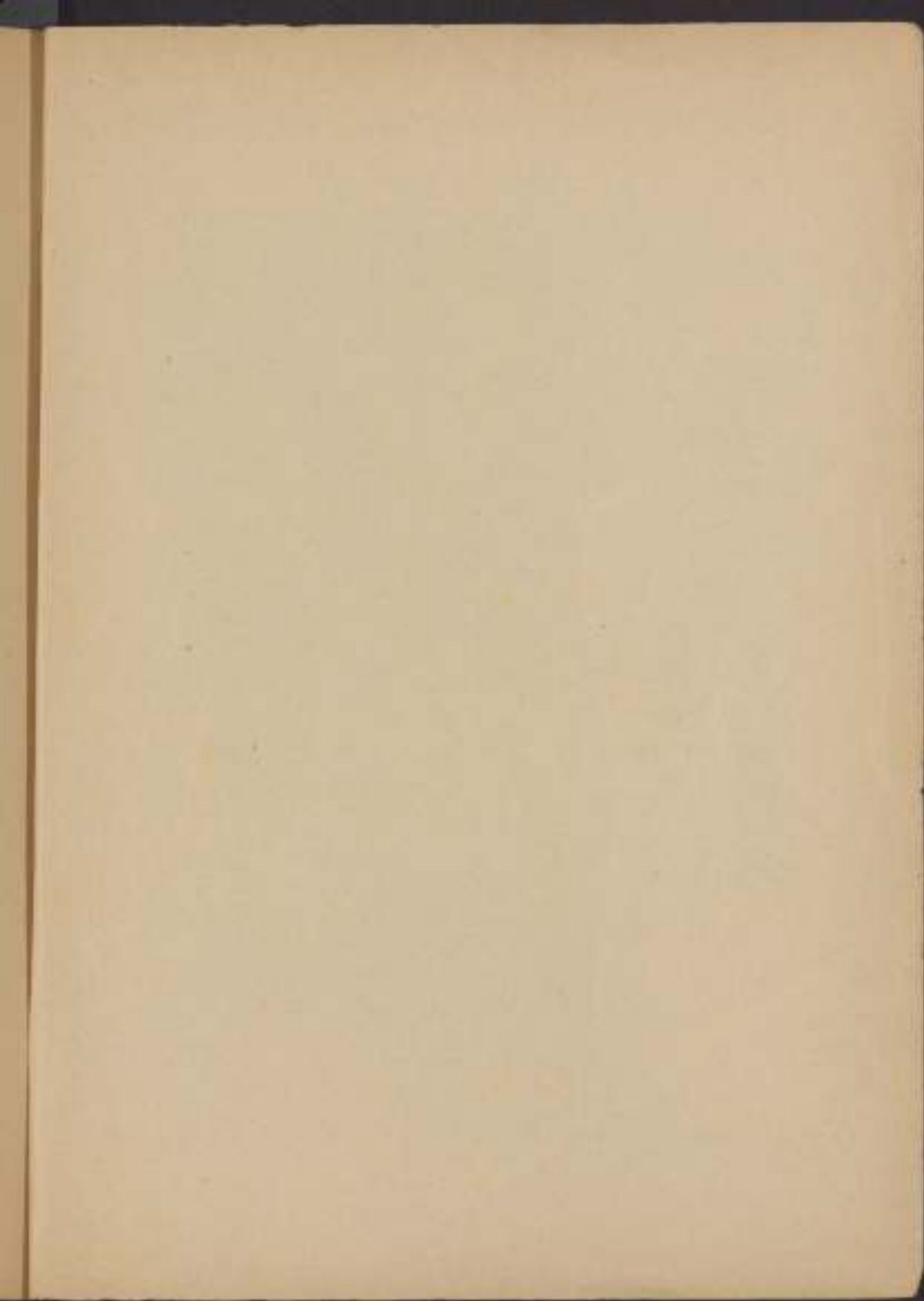
y las selectas Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

¡Siempre lo mejor!

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbà, 16. — Madrid: Ferraz, 21.





Precio: UNA peseta